

la nueva doctrina. Encontróse esta con la idea de Dios bíblica y la tomó para sí; encontróse también con la primacía del pueblo de Israel pagado de una especie de predilección divina y la soterró, abriendo con la mano de San Pablo á todas las gentes las puertas misteriosas de la nueva Iglesia. Encontróse con ideas filosóficas, que debía recoger en Grecia, y las recogió; pero encontróse también con divinidades múltiples, á quienes debía destronar, y las destronó implacablemente. Los gnósticos le sirvieron para asentar los dogmas de la creación del mundo, y de la impecabilidad de Jesús, y de la subordinación del demonio á Dios ó de los principios del mal á los principios del bien, como le habían servido los extremos de la escuela judeo-cristiana para fundar la idea del Padre, los extremos de la escuela alejandrina para fundar la idea del Verbo, los extremos de las escuelas orientales para fundar la idea del Espíritu Santo. Frente á frente de los marcionistas legitimó los escritos evangélicos; y frente á frente de los ebionitas, la doble naturaleza de Cristo. Recabó contra las negaciones de los montanistas el dogma de la libertad humana; y contra las negaciones de los novacianos el sacramento del bautismo católico. Y luego contra Arrio, el cual quería hacer del Cristianismo una filosofía, estableció la divinidad de Cristo y redactó el dogma de la nueva fe que debía alimentar y sostener la conciencia de cien generaciones. Roma, que fué quizás la primera de las ciudades occidentales en tener sectarios cristianos, también fué la última que aceptó el Cristianismo.

Desde los tiempos de Pompeyo tenía el judaísmo un barrio en Roma, el cual ha sobrevivido á todas las guerras y á todas las catástrofes por la tenacidad de temperamento y el apego á la vida que todos reconocemos en la familia hebrea. Este barrio se alimentaba á la continua con los mercaderes, con los viajeros, con los emisarios que iban de Jerusalem á Roma y que volvían de Roma á Jerusalem. Naturalmente entre tantos judíos habría muchos judeo-cristianos y cristiano-hebreos, es decir, de las dos sectas fundamentales que dividieran y separaran el cristianismo primitivo en Palestina. Y estos sectarios debían tener en las encrucijadas y callejones del Ghetto las mismas disputas y las mismas porfías que en los vestíbulos del Templo.

Los escritores clásicos, que tanto menosprecian á las sectas judías, y

por consecuencia á los cristianos, hablan de una sedición de judíos movidos por las ideas y por las palabras de cierto predicador, ó misionero, ó apóstol á quien llaman Cresto, sin duda por cambio de una vocal en otra análoga, tan frecuente entre los que ignoran ó pronuncian ó hablan á torcidas las lenguas extranjeras.

Los dos focos de las nuevas ideas eran á la sazón las dos regiones más privilegiadas del Mediodía de Italia, las orillas del Tiber donde se levanta Roma y la parte de la bahía de Nápoles que se extiende entre las colinas del Pausilipo y el cabo de Miseno, donde se extienden las dos ciudades, Pozzuoli y Bayas. Campos sublimes aquellos campos férgreos, aquí templos medio egipcios, en los cuales se ejercía la quiromancia y la magia; allí oráculos, que hablaban fórmulas sibilinas, en las cuales encerrábanse evocaciones de lo pasado y secretos de lo porvenir; acullá la caverna de la Sibila de Cumas que exhala esperanzas misteriosas; y los lagos oscuros que comunican con los infiernos paganos; y las ciudades voluptuosas que viven como en una perpetua orgía, libando el vino cogido en las faldas del Vesubio y mezclándolo con rosas brotadas entre las ruinas de Pœsthum; las solfataras que exhalan humo asfixiante y llamas siniestras mientras las costas se ornan de perlas y corales; hierve á un lado el agua sulfurosa y á otro lado canta como una sirena la onda celeste que tiende sus espumas en las arenas de oro; los cabos se cortan como grandes monumentos y se prolongan como largos intercolumnios y las islas se esmaltan con todos los colores y matices que en la paleta del Tirreno disuelven esos pinceles mágicos que se llaman los rayos del sol del Mediodía; las selvas oscuras que están llamando penitentes como los egipcios se confunden con los jardines sensuales donde resuenan mezclados y confundidos los discursos de Epicuro con los versos de Anacreonte.

Las abominaciones de Bayas, esa Sodoma, y el paganismo de Roma, esa Babilonia, enfurecen á los judeo-cristianos que vienen de Jerusalem, los cuales fundan una Iglesia conservadora desde sus comienzos, una Iglesia ebionita, jerárquica, autoritaria, muy semejante á la Iglesia de Jerusalem, propia para el carácter y para el ministerio de Pedro, ajena á las ideas de Pablo y á la poesía de Juan, verdadera inmovible base de la Iglesia

católica que llevará el espíritu de la autoridad secular y fundará el Imperio de las almas por medio de la ortodoxia católica. Examinados pues los orígenes del dogma que ha de llenar toda la Edad Media, el dogma católico, examinemos ahora el poder constituido por ese dogma, el Pontificado, contra el cual ha de surgir, y estallar, y desarrollarse toda la revolucion religiosa.

CAPÍTULO II

EL PONTIFICADO

La religion cristiana provenia de las religiones precedentes con verdadera consecuencia como en la série un término proviene del término anterior con verdadera lógica. Así como el paganismo tomara en Roma la universalidad, que revela aquella aglomeracion de todos los cultos en sus templos, el cristianismo tomó universalidad análoga por medio de la forma católica. Tenia la Roma pagana un Pontificado; y á este Pontificado se amoldó la institucion capitalísima que debía dirigir y encabezar la Roma católica. Difícil es comprender lo que significaban los Pontífices en la nueva religion, si antes no comprendemos lo que significaban los Pontífices en la antigua: que de tal suerte se enlazan unas con otras las eternas manifestaciones del humano espíritu y los progresos incesantes de la idea. Dos legisladores tuvo Roma en sus comienzos, legislador civil el primero y el segundo legislador religioso: Rómulo y Numa. Pues á los tiempos de este, á sus sacras instituciones, á sus cavernas de cuyas concavidades hablan los oráculos, á sus templos misteriosos que convierten los rumores del Tiber en oraciones del alma, á sus selvas llenas de misterios teogónicos tenemos que recurrir si deseamos encontrar en sus albores la primer aurora del Pontificado. Este rey Numa, persona como quiere la leyenda, ó personificacion como quiere la crítica, representa la primera síntesis de dos religiones diversas y la primera reconciliacion de dos pueblos contrarios, del romano y del sabino, como por analogías indudables representaba el cristianismo la síntesis de la religion de